

valido al señor Macallister, hace ya tiempo que la hemos visto ejecutar en Madrid, y no siempre á extranjeros; pues el señor Cerví la ejecutó en el teatro del Museo: pero como era español, por desgracia suya, no tuvo espectadores, y por consiguiente ni ganó fama ni otra cosa mas positiva.

Consiste, pues, este juego, en pedir tres sombreros á los espectadores, y colocando uno encima de cada mesa, coger v. g. el de enmedio, y sacar de dentro de la copa multitud de flores en ramilletes pequeños, carracas chicas, dulces, pitos, estampas, y todo lo que se quiera, siendo objetos de poco volumen, no porque no puedan sacarse objetos grandes, como despues se verá, sino porque siendo chicos se multiplican con mas facilidad; y ocupándose el célebre Macallister en repartir cositas pasa el tiempo á las mil maravillas, y parece que ha sacado muchas mas cosas de las que fueron en realidad.

Coge, pues, el sombrero de en medio, y arriándose con cualquier disculpa á la mesa lateral, que está á la derecha del espectador lleva el sombrero en la mano izquierda, y su criado le coge y le dá otro lleno de regalos, teniendo cuidado de meterle al mismo tiempo algunos cubiletes de hoja de lata unos dentro de otros para que no ocupen y le sirvan al célebre ingeniero de disculpa para arriarse á la mesa otra vez, so pretesto de ponerlos encima de ella, y volver á cambiar el sombrero por otro lleno: esta operacion la hace dos ó tres veces, con la cual hay lo muy suficiente para estar repartiendo objetos durante media hora; hasta que por último el criado le dá el primitivo sombrero bien atestado de pluma fina, y muy apretada. Cuando ha cogido este sombrero Mr. Macallister, pone al chico un capuchon de color de rosa, y colocándole de frente al público, él se pone detras sobre una silla,

y vá poco á poco soltando la pluma de modo que parece una lluvia continua de pluma la que cae sobre el pobre muchacho del capuchon. De vez en cuando mueve Macallister el sombrero para hacer creer á los espectadores que no hay mas; pero lo hace de una manera estudiada, y de modo que nunca esté boca abajo para que no se caiga la pluma.

NUMERO 14.

Las fuentes de Neptuno.

Esta suerte, ó sea la produccion acuática que Mr. Macallister fué el primero que la hizo en público en Madrid, y que tanto ha gustado por su novedad, la practicó varias veces usando el traje de tonelete, como el mas á propósito para ella; hasta que habiendo oido si era ó no indispensable aquel traje para dicha suerte, se arriesgó á ejecutarla de frac el dia 25 de febrero, y mas valiera que no lo hubiera hecho, pues aunque la moda de los faldones anchos le favorecian bastante, no fué suficiente para que los espectadores de las lunetas colocados en bajo trasluciésemos ciertas cosas.

Consiste, pues, esta suerte, en presentar al público un tripode ó sea velador, colocarle en medio del escenario, y poniéndose el ingeniero mecánico sobre un banquito, embozarse casi con un chal grande, y hacer aparecer sobre el tripode dos ó tres palanganas de cristal llenas de agua y aun con peces.

El tripode y el banquito lo colocan M.^a Macallister y su criado, y el primer prestidigitador de Europa se está por allá adentro largo rato; despues aparece tapándose el cuerpo con el chal, y *andando muy despacio* hasta colocarse sobre el ban-

quillo, allí mueve tambien *muy despacio* el chal hasta que echándose una punta á un hombre y otra á otro, tapa el trípode, y descolgándose de la cintura una palangana que lleva oculta, la coloca sobre el trípode y la enseña despues al público quitándola el chal que la cubria: en la primera palangana saca un líquido que se inflama inmediatamente, y que consiste en poner en contacto con el agua uu pedazo de potasio, lo cual se inflama en el acto, y hace arder unas estopas que allí estan á prevención.

Las palanganas son todas de cristal, redondas y chatas, y tienen un borde en la parte superior que permite atarlas una vejiga bien apretada para que no se vierta el líquido, y atarla al dicho borde, cuyas vejigas se quitan con mucha facilidad debajo del chal, sin que el público lo vea, arrollándolas despues dentro del mismo chal que arroja al suelo para en seguida tomar otro que le dá su diestra esposa.

Segun nuestro parecer, no deberia hacer ese cambio de chales, pues como ya hemos dicho, favorecido por la distancia, podia muy bien arrojar las vejigas hechas unas pelotillas á cualquier rincón sin que nadie lo viera.

Segun hemos oido al señor Klichnique, pensaba hacer esta suerte en el teatro del Instituto, vestido de mono, al mismo tiempo que nuestro ingeniero lo verificase en la cruz cou tonelete: pero habiéndole sabido este, le rogó de tal manera para que no lo hiciera, que aquel tuvo á bien acceder á ello, privándonos de ver y añadir una habilidad mas á las muchas que le hemos visto ejecutar.

NUMERO 15.

El menage egipcio.

Es una consecucion del juego anterior, pues en la misma forma hace aparecer un gallo y dos galli-

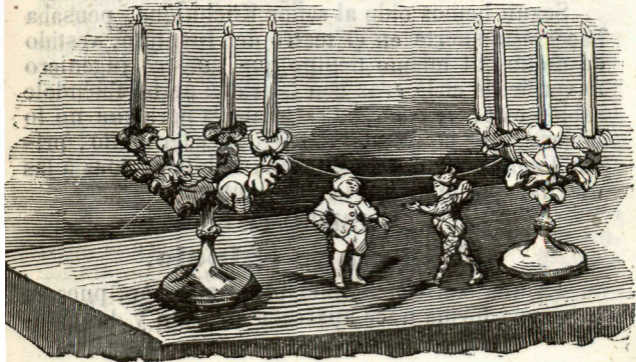
nas que lleva escondidas en los faldones y á las que ha tenido cuidado de apretar los picos con una cuerda para que con su canto iutempestivo no le vendan.

NUMERO 16.

El payaso y el arlequin en el baile pantomimico.

Este es un juego que de puro sencillo y conocido no debieramos hacer mencion de él , pero como nos hemos propuesto no omitir nada de cuanto ha ejecutado el célebre prestidigitador , habremos de ocuparnos de esta recreacion á fuer de exactos si bien lo hagamos someramente.

Consiste este juego en tener dos monitos de carton como de una cuarta de alto con las coyunturas anudadas por el estilo de los que venden en tiempo de ferias , y con los cuales se divierten los chicos tirando de un hilo y haciéndolos bailar. Hay sin embargo que advertir , como circunstancia indispensable, que en la cabeza han de tener un sombrero de tres picos ó cualquier otro adorno que permita en-

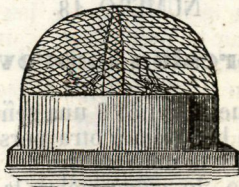


gancharles en un hilo invisble que pasa de un candelero á otro, y que tirando de él una segunda persona parezca que los monos de carton bailan solos sobre la mesa.

NUMERO 17.

Los canarios que se convierten en huevos.

Presenta al público el jugador un chisme compuesto de un cerco de madera ó carton y una jaulita de alambre en su parte superior con dos canarios



dentro; lo coloca en la mesa de enmedio y lo tapa con un pañuelo: al taparlo quita la jaulita y planta otra con dos huevos: claro está que cuando el célebre Macallister levanta el pañuelo, se hallan los canarios convertidos en huevos. Facilmente comprenderá el lector que para esta suerte no necesita el primer fisico de Europa poner en ejercicio todos sus talentos. Debemos sin embargo hacer mencion del escamoteo de los huevos, lo cual ejecuta del modo siguiente. Despues de haber cubierto el aparato con el cubilete, y mientras el individuo hace la operacion por debajo de la mesa, el jugador coje un huevo con la mano derecha, le pasa á la izquierda, y dice que va á pasar donde están los canarios; pero

entonces no hace el escamoteo porque pasó efectivamente el huevo de una mano á otra, enseña el huevo en la izquierda y le pasa de nuevo á la derecha: entonces hace que le pasa á la izquierda, y soltándole en el cajon al tiempo de cojer el talisman que está sobre la mesa, se da con él unos cuantos golpecitos sobre las uñas de la mano izquierda que figura tener el huevo; el ruido que producen esos golpecitos quieren parecerse al del talisman contra el huevo, ó por lo menos así lo creen los que no saben: de este modo abre la mano izquierda y hace creer que pasó un huevo; lo mismo hace con el otro, y lo demas ya lo sabe el lector.

NUMERO 18.

La impresion improvisada.

Pide un pañuelo blanco á una señora y da á escoger una carta de la bāraja á otra persona; en seguida coje la carta y la mete dentro del pañuelo llevāndosela al tablado, lo coloca sobre la mesa lateral, y dāndole unos cuantos golpes encima, se lo cambia el individuo que está debajo por otro pañuelo que tiene pintado al temple y en el centro la misma carta: y para que la persona que escojió v. gr. la sota de copas bubiera de cojerla por fuerza, presenta el célebre ingeniero una baraja que se compone toda ella de sotas de copas. Luego que cambia el pañuelo, le abre y enseña al público aquella impresion improvisada; pero como no le parece regular devolver el pañuelo á la señora en el estado en que se encuentra, llama á un chiquillo, le hace que le ayude á tener el pañuelo, y con una vela quema el pañuelo por el centro haciéndole un agujero que pasa el brazo: hecho esto, hace que se enfada con el

chico, y cojiendo una botella de agua, le moja á su placer: despues va á la mesa lateral y dándole unos cuantos golpes como antes, se lo cambia por debajo el mismo zángano que anteriormente, pudiendo en seguida devolverlo á su dueño sano y salvo.

NOTA.—Esta suerte fue muy aplaudida.

NUMERO 19.

El naranjo del paraiso.

Pide Macallister una sortija y la mete en una cajita al subir al tablado cambia la cajita por otra



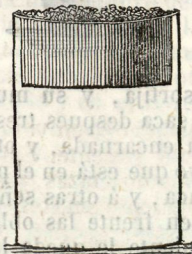
que tiene otra sortija, y su muger coje la buena y se la lleva: saca despues tres pedazos de cinta; una blanca, otra encarnada, y otra azul; hace que un compadre suyo que está en el palco de proscénio, elija la cinta blanca, y á otras señoritas que hay en el otro palco de en frente las obliga á que elijan la azul; por consiguiente le queda la encarnada: saca la sortija mala de la caja, y hace que una señorita la ate la cinta roja, y llamando al muchacho le dice que la meta en la pistola, pero como no cabe en el cañon, le dice que la aplaste con los dientes, lo cual hace el chico sin dificultad, por ser una sortija del-

gada de cobre. A esto M.^a Macallister ha metido ya dentro de una naranja la verdadera sortija con otra cinta roja, y trae el tiesto con varias naranjas; dispara el prestidigitador, y claro está que la sortija aparece dentro de una naranja atada con la cinta roja.

NUMERO 20.

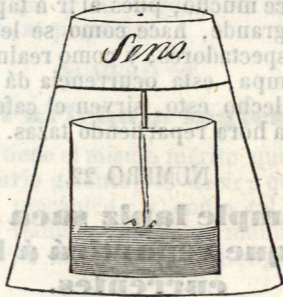
Nuevo método de hacer café.

Presenta al público una caja maqueada bastante grande, llena de cañamones, y un bote de lata pintado exteriormente, alto poco mas de medio pie: le enseña al público para que vea que está vacío, y dice que le va á llenar de cañamones; le mete efectivamente en la caja maqueada; pero en vez de llenarle de cañamones, le pone, sin que lo vea el público, una tapa que viene perfectamente al bote, y que tenia escondida entre los cañamones, la tapa está hueca como un dedo, y Macallister llena todo ese vacío con cañamones de modo que parece estar lle-



na y no lo está. Hecho esto lo cubré con una tapa también de lata, y le vuelve á destapar, llevándose con la tapa en este movimiento, la especie de cazolilla que contiene los cañamones, y quedando por

consiguiente vacío el bote: en seguida coje otra tapa igual en su exterior á la primera, la cual tiene un seno en la parte superior lleno de café caliente: este seno tiene un agujero en la parte superior y otro en la inferior, de manera que aunque el seno esté lleno de líquido no puede salir, porque el agujero superior se halla tapado con un pedazo de cera: coloca Macallister esta tapadera sobre el bote, y quita la cera de modo que todo el café baja al bote. Descubre



el bote, y por consiguiente en vez de cañamones contiene café líquido y caliente. Entre él y su muger echan azúcar en algunas tazas, y el célebre profesor se prepara á la siguiente suerte.

NUMERO 21.

Receta para hacer leche.

Claro está que habiendo café falta leche, si es que como Mr. Macallister se quiere hacer café con leche.

Para esta suerte presenta otra caja maqueada como la anterior llena de avichuelas, hace la misma operacion con otro bote como el anterior, lo tapa de la misma manera, y convierte las avichuelas en leche. Solo que esta suerte se la hemos visto hacer de dos maneras, es decir; que una vez le sirvió el mismo procedimiento para el café y la leche, y otra varió esta última, pues el bote contenia de antemano la leche; fingió llenarlo de avichuelas por medio de la tapita ya iudicada, robando esta tapita al cubrirla con el cubilete ó tapadera grande. Este modo de operar le favorece mucho, pues al ir á tapar el bote con la tapadera grande, hace como se le ocurre enseñarla á los espectadores; y como realmente no tiene ninguna trampa, esta ocurrencia dá mayor realce á la suerte. Hecho esto, sirven el café con leche, y se pasa media hora repartiendo tazas.

NUMERO 22.

De un simple lapiz saca 400 banderas que repartirá á los concurrentes.

Antes de hacer esta suerte se retira el señor Macallister teniendo á su disposicion todo el tiempo que su esposa tarde en recoger las tazas, y empleándole en llenarse la manga de puntos que viste su brazo izquierdo con sendos manojos de banderitas.

Estas banderitas son de tela de varios colores, y pegadas todas en unas astitas de esparto teñido ó de otra cualquier materia delgada y ligera: el modo de hacer estos manojos es arrollar una bandera á un lado, y la otra que vá encima en distinta direccion, cuidando de ponerlas muy apretadas para que no abulten; de modo que asi dispuestas puede

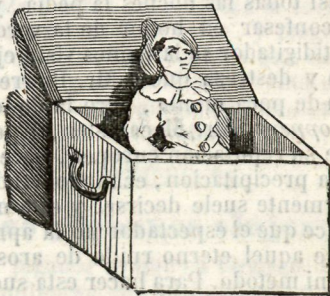
hacerse un manojo con muchas banderitas, y que apenas ocupe espacio.

Quando sale el distinguido profesor á hacer esta suerte se presenta al público trayendo un pañuelo de seda agarrado por una punta con cada mano, de modo que tape á la vista del espectador el inmenso bulto que ofrece el brazo izquierdo por estar lleno de banderas. Enseña el pañuelo por ambos lados, y pidiendo un lapiz á uno de los concurrentes, pone los dos brazos en alto tapándolos con el pañuelo, y de dentro saca primero una bandera mucho mas grande, la arroja, y en seguida vá sacando todos los manojos de las pequeñas.

NUMERO 23.

El arlequin ingles.

Este juego tiene el mismo mérito que el del pavo real y el Mercurio galante, es decir; que su merito es puramente mecánico, y como tal de ninguna manera puede llamarse juego de manos ni de destreza. Consiste en un cajon cuadrilongo que puesto



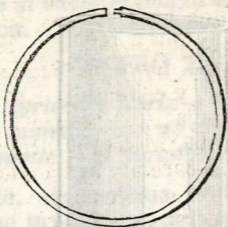
sobre la mesa mecánica del medio, se abre por impulso de una persona oculta, y aparece dentro un arlequin que ejecuta varios ejercicios, y está asido por las manos á una barra hueca que le comunica el movimiento. Este monigote, que repetimos, está perfectamente hecho, fuma metiéndole Macallister una pipa en la boca, y echando humo por dentro la persona que lo maneja, que siempre lo es M.^a Macallister. Y finalmente, manda el profesor á su arlequin que se quite la careta y lo ejecuta levantándose esta hácia el sombrero, lo cual no deja de chocar, pero es preciso hacerse cargo que el pobre no puede soltar las manos.

NUMERO 24.

Los anillos del Indostan.

Esta suerte, una de las mas brillantes y modernas del famoso Philippe de París, la vimos ejecutar en Madrid por la primera vez á Mr. Pierre, el que presentó al público un bonito teatro pintoresco. Entre todas las suertes que ejecutaba aquel extranjero, la de los aros era la única que gustaba al público, pues que casi todas las noches la pedia, y esta es la ocasion de confesar en honor de la verdad, que á ningun prestidigitador se la hemos visto ejecutar con mas aplomo y destreza que á Mr. Pierre. Sus otras suertes eran de poca monta, pero la de los aros era su *capo d' oppera*. Mr. Macallister, á pesar de sus talentos y de su reputacion europea, hace esta suerte con mucha precipitacion, echándolo todo á barato, como vulgarmente suele decirse: y esta misma precipitacion hace que el espectador no la aprecie y aun se fastidie de aquel eterno ruido de aros enlazados sin hilacion ni método. Para hacer esta suerte el eminente profesor comienza por sacar media docena de

aros de laton, de los cuales cinco están completamente soldados, y el sexto está abierto en esta forma; es



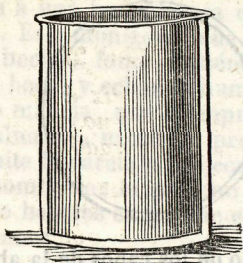
decir, que en uno de los cabos de la abertura hay un huequecito, y en el otro un piton; de modo que por la fuerza elástica se mantiene cerrado, pero se abre con facilidad cuando se quiere para dar paso á otro. Mr. Macallister dá á reconocer los seis aros: pero tiene buen cuidado de entregar el abierto á un compadre suyo que tiene en la orquesta, y le elige en la orquesta para que no pase á manos del público; y al subir la escalerilla, cuando ha recogido los que andan por las lunetas, su compadre le dá el del busilis: con este y otros dos empieza la suerte haciendo que pasen unos dentro de otros, y luego coge sobre la mesa un gran manajo de aros que tiene soldados unos con otros, y alli es donde se está un buen rato no haciendo mas que agarrarlos por distintas partes, y bastante apartado del público.

NUMERO 25.

Los pichones viajeros.

Saca el jugador lo que en término facultativo se llama una milanese que ya esplicamos anteriormente, y cubriéndola con una grande tapadera, roba

fácilmente el cubilete interior y los dos pichones vivos que mete Macallister. Despues saca un cajon



grandecito de caoba que al tiempo de cerrarse levanta una tapa que cubre otros dos pichones iguales, ocultos en su fondo. Hecha esta esplicacion no es difícil comprender cómo nuestro ingeniero mecánico mete los pichones en el bote y hace que aparezcan en la caja.

NUMERO 26.

El chapeo de la tatarabuella de Mister Macallister.

Esta suerte, parecida á la del sombrero sin fondo, es de bastante brillo y consiste toda ella en tener un sombrero hecho á propósito, muy flexible, y con fondo doble, y colocar en el hueco de ambos multitud de ramilletes de cuatro hojas, carracas, estampas, pitos, etc. El sombrero puede volverse lo de dentro á fuera, sin que nada revele su contenido; teniendo cuidado al sacar las flores, de introducir los dedos por la abertura practicada al propósito. Ademas Mr. Macallister, tan aficionado á tener compadres en todas partes, no se contenta con los objetos

que buenamente puedan caber en el sombrero, sino que tiene algunos diestros ocupados en las lunetas, que al bajarse al suelo le llenan de nuevo el chapeo, y siga la broma.

NUMERO 27.

Operacion de cortar la nariz á uno de los concurrentes, de manera que no quede duda alguna: inmediatamente será curado.

Esta suerte, tan antigua como desusada por su vulgaridad, no tuvo Mr. Macallister inconveniente de ejecutarla ante el respetable público de Madrid. Para ello se vale el célebre y nunca bien ponderado profesor de un manolo, compadre suyo, pues de otra manera no se comprende que un manolo aguarde impávido la soba de un estrangis ante todo un público. El jugador enseña un cuchillo verdadero, y cuando tiene á su víctima sentada en una silla, le coloca un peinador para que se vea bien la sangre que ha de salir: á esto cambia el cuchillo por otro; en cuya muesca mete las narices del paciente, y al mismo tiempo oprime una esponja que tiene en la mano izquierda empapada en color encarnado, y finje que le corta las narices.

NUMERO 28.

La naranja encantada.

Pide el profesor un pañuelo blanco y dos monedas, las que ata á las puntas de aquel, haciéndolo despues todo un buruño que pueda coger en una naranja, lo pone sobre la mesa, y M.^a Macallister se lo cambia por otro pañuelo parecido, llevándose el verdadero para meterlo dentro de una de las naranjas de un tiesto de naranja que despues presenta. Para dar lugar á que la diestra profesora tenga allá dentro

el tiempo suficiente para introducir el pañuelo en la naranja vacía, su digno esposo pide mas pañuelos de seda, los ata todos juntos con la punta de uno de ellos, llama al chiquillo, le dice que abra la boca, mete todos los pañuelos en una pistola de trompa, le dice al chico que al salir el tiro le vá á introducir en la boca todos los pañuelos, pero nada de esto ejecuta sino que lo hace para ganar tiempo: en seguida deja la pistola de trompa sobre la mesa, y el individuo que está debajo le saca los pañuelos de un golpe porque están atados, y le mete unos pedazos de pañuelos que en la superficie aparentan ser los verdaderos. Mientras el oculto ayudante hace esta operacion, Macallister coge el pañuelo blanco que le dejó su muger con otras monedas metidas, le hace al chico que le tenga, le moja todo con agua, y á esto su muger presenta el naranjo; aqui Macallister coje la pistola de trompa, hace como que ataca con los pañuelos, y lo que hace en realidad es colocar aquellas puntas que figuran ser los pañuelos en un escondite lateral que tiene la trompa, y donde el tiro no puede dañarlas al salir, introduce en el mismo escondite el pañuelo blanco mojado, suelta el tiro y aparecen varias naranjas. Coje dos de entre ellas, una se la regala al chico y la otra contiene el pañuelo blanco y las monedas.

NUMERO 29.

Los pañuelos en el pilon de azúcar.

Como en la suerte anterior pide varios pañuelos de color y uno blanco, y durante toda ella solo devuelve este último, resulta que falta entregar los de color.

El jugador presenta dos pilones de azúcar hechos á propósito, es decir; enteramente huecos pero for-

rados de papel azul en su exterior como si fueran macizos, pregunta: ¿en cuál de los dos pilones quiere el público que aparezcan los pañuelos? y donde quiera que se escoja allí estarán, porque todo consiste en poner el pilon elegido sobre la trampa de la mesa para que el ayudante movable los introduzca. En seguida rompe Macallister con un martillo y un desenfado extraordinario el pilon, y en su interior aparecen los pañuelos atados como él los había puesto en la pistola de trompa.

NUMERO 30.

Los dos relojes volantes.

Pide el jugador un pañuelo y dos relojes, mete estos dentro de aquel, y haciéndole un buruño lo introduce todo en el trabuco de trompa, dejándole sobre la mesa de la derecha: en seguida llama al chico, le dice que abra bien la boca porque le vá á introducir con el tiro el pañuelo y los relojes: á esto ya ha habido tiempo suficiente para que su oculto ayudante (que está debajo del tapete) le quite el pañuelo y los relojes, y le ponga un pedazo de tela parecido á aquellos. Coje nuestro ingeniero el trabuco, y fingiendo que dispara al chico, y este por su parte que tiene miedo, dá lugar para que Doña Luisa Macallister le traiga y ponga sobre la mesa de en medio una enorme cabeza de carton parecida á la que vemos todos los dias á la puerta de los tiroleses. Viendo que el chico no quiere que le descerraje el tiro, dispara su arma contra la cabeza, no sin haber colocado el pedazo de tela en el seno del trabuco donde la pólvora no puede despedirlo. Sale el tiro, y en cada ojo de la cabeza aparece un reloj, y en la boca un pañuelo, lo cual ejecuta otro ayudante que

á la esplosion no tiene mas que soltar un hilo que sostiene los tres objetos.

NUMERO 31.

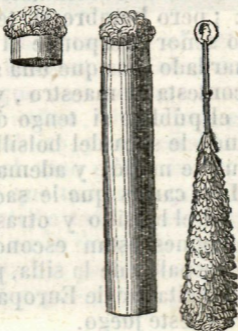
El plumero de Mustafá.

Saca el jugador un pañuelo grande de señora, ó bien lo pide si entre el público hay alguna que quiera prestarlo, pues cualquier pañuelo sirve: pide tambien un duro, y haciendo que lo pone debajo del pañuelo, se queda con él, y en su lugar pone otro duro que tiene prevenido, al cual se halla atado con una cuerdecita un plumero verde de chacó de infantería, oculto todo en la manga izquierda del jugador. esta operacion y escamoteo del duro es facil de ejecutar porque el chal grande lo tapa todo. En seguida coje por fuera sujetándolo con el pañuelo el duro fingido, y dentro queda colgando el plumero: hace subir al tablado á uno de sus ayudantes, y le dice que tenga el duro cubierto con el pañuelo: despues saca un tubo de lata capaz de contener el plumero: este tubo ó cañuto está hecho de manera que su tapa contiene un seno que despues de tapado el cañuto, puede destaparse y figurar que está dentro el plumero, aunque no lo esté, porque en el seno de la tapa hay una tablita redonda con unas plumas verdes pegadas.

Enseña pues el tubo, hace ver que está vacío, y mete dentro un plumero igual al que tiene el ayudante debajo del pañuelo grande: mete á la vista de los espectadores el plumero y lo tapa dejándolo en seguida sobre la mesa lateral. Es de advertir que el cañuto está abierto por debajo de modo que dejándolo sobre la mesa, no falta una alma tan caritativa que quita el plumero del cañuto sin que lo vea el público, quedando por consiguiente vacío. Para

dar lugar á que le quiten el plumero; se dirige nuestro célebre profesor al ayudante, y diciéndole cuatro tonterías, anuncia al público que el plumero del tubo va á desaparecer y se va á hallar debajo del pañuelo en vez del duro. Luego se dirige á la mesa donde está el cañuto, y levantando la tapa fingida, dice: ¡oh el plumero está aqui, ahora pasar dentro de la pañuela de esta caballera! Y levantando el pañuelo saca el plumero, teniendo cuidado de que no vea el público el duro que tiene atado. Destapa el cañuto y está vacío. En seguida pide el duro al ayudante, y como este contesta que no le tiene, hace que se lo saca de las narices, para lo cual no hay que ser un Pinetti, ni un Boston, pues el verdadero duro le tenía él guardado desde un principio.

Esta suerte, como otras muchas de las que ha ejecutado Macallister en Madrid, tendria mas variedad y mérito si el duro apareciera donde estaba el plumero, y este donde estaba aquel, por lo menos asi lo hacen algunos aficionados de Madrid, los cuales á mas de tener que hacer los juegos sin recursos del tablado, no tienen obligacion de saberlos ejecu-



tar mejor que el que se dedica á este género de ocupacion para ganarse la subsistencia.

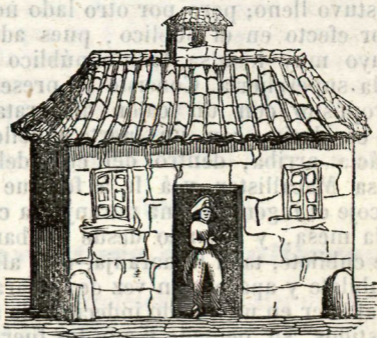
NUMERO 32.

El robo descubierto.

El célebre prestidigitador manda subir á la tabla á dos de los muchachos que siempre tiene apalabrados, y preguntando al público con cual de ellos quiere que haga la suerte, escoje el que le dice otro compadre que tiene en la platea; hace que el otro se marche, y al que queda le hace sentar de frente al público en una silla que tiene ya dispuesta, le da una baraja y le dice que escoja una carta y se la guarde en el bolsillo, en la inteligencia que Macallister se va á meter adentro, y cuando vuelva ha de adivinar el robo, vase efectivamente, y mientras tanto el muchacho coje media baraja y se la mete en el bolsillo en vez de una carta como se le dijo, (esto lo hace de acuerdo con Macallister) al volver el profesor le dice: ¡pero hombre si te has guardado media baraja! no señor, responde el enseñado chico, no me he guardado mas que una sola carta. Eres un embustero, contesta el maestro, y para probarlo, ahora verá el público si tengo ó no razon, y diciendo y haciendo le saca del bolsillo muchas cartas mas de las que se metió, y ademas unas cuantas palomas vivas. Las cartas que le saca de mas, las lleva el chico ya en el bolsillo y otras que lleva Macallister y los pichones estan escondidos con mas cartas detras del respaldo de la silla, por consiguienie el primer prestidigitador de Europa no tiene mucho que trabajar en este juego.

La tienda chinesca.

Este es un juguete que representa una casita de carton de la que salen un chino y una china sirviendo los dulces que piden los concurrentes elegidos



entre una lista que 'presenta el célebre ingeniero. Colocado sobre la mesa mecánica del medio, no es difícil concebir que una persona oculta pueda tocar el resorte de los anises, almendras, grajea, etc., según lo pida el público, y aun oírse el ruido que produce al caer en el vaso que el mono tiene en la mano. Esta suerte, que tampoco podemos llamar juego de manos, estriba toda en su mecánica, y es mas digna de figurar en la tienda de don Carlos Scropp, donde sin disputa hay juguetes de mayor mérito que no en el magnífico pabinete ó palacio encantado de Macallister.

Escamotage sorprendente.

Por la primera vez Mr. Macallister sacará de una naranja natural una señora de cinco pies y tres pulgadas de estatura.

Esta suerte anunciada con tanto estrépito por el célebre profesor, produjo todo el efecto que su autor se esperaba en cuanto á la parte pecuniaria, pues el teatro estuvo lleno; pero por otro lado no produjo el menor efecto en el público, pues además de ser de suyo muy insulsa, todo el público se apercibió de la supercheria. Consiste en presentar una mesa á propósito con un cajon disparatado y de balancin, es decir, con un fuerte muelle que le impele hácia arriba, dentro del cual debió estar dona Luisa Macallister, y á fé á fé que no muy cómoda; coje el ingeniero una naranja, la coloca sobre aquella mesa, y bajando desde las bambalinas un grande cubilete, tapa la naranja, y de allí á poco quita el cubilete y aparece en vez de la naranja madama Macallister en un estado indecible de ajamiento: sus vestidos, su peinado y aun los fuertes colores que aparecen en su rostro, todo revela la difícil y angustiosa posicion que aquella buena señora habia tenido dentro del cajon. Este se subió solo á medida que doña Luisa salió de dentro de él.

Lo cierto es que Mr. Macallister solo ha presentado una vez esta suerte al público de Madrid, y probablemente habrá tenido para ello dos razones, la primera que no gustó á los concurrentes, y la segunda que sin duda la amabilidad de doña Luisa no llega hasta el extremo de quererse encerrar todos los dias en un cajon á trueque de cojer nna sofocacion por agradar al público.

Los guantes en la nuez.

Pide un guante negro á un compadre suyo, presenta encima de la mesa una naranja, un limon, un huevo y una nuez: es de advertir que la naranja que presenta está ya preparada y tiene dentro otro limon, otro huevo, otra nuez y otro guante igual al del compadre. Dice Macallister que va á pasar el guante dentro de la nuez, y lo escamotea cual si fuera una bola, despues dice que ya está el guante dentro y que va á hacer pasar la nuez dentro del huevo, lo escamotea de la misma manera, dejando caer el huevo en el cajon donde antes dejó caer la nuez, y por último hace lo mismo con el huevo y el limon, hasta que cojiendo un cuchillo parte la naranja y se encuentran dentro todos los objetos.

NUMERO 36.

Una aventura de Guillermo Tell.

Presenta el profesor Macallister una bandejita con varias balas verdaderas, hace que escojan una, y un compadre suyo la señala con un cuchillo, la coje, se la lleva al tablado, y la cambia por otra, hecha con pólvora y goma, carga la pistola, finge que mete un taco y mete despues la bala de pólvora, resultando de esto que no puede matar á nadie.

Doña Luisa le trae dos manzanas, manda escoger una (las dos estan preparadas, es decir, las dos tienen un agujero hasta el medio) y se la da á su mujer para que la tenga á la altura de la cabeza. A esto Macallister ha dado á su esposa la verdadera bala, y como esta sabe tanto de escamoteo como su marido, la mete en el agujero que tiene la manzana.

Dispara el profesor su pistola, y la bala aparece dentro de la manzana.

Lo raro de este juego es que teniendo la bala bastante fuerza para llegar á la manzana, no tenga la suficiente para taladrarla de parte á parte, y eso que dispara casi á boca de jarro.

NUMERO 37.

La cocina diabólica.

Saca el jugador una caldera bastante grande, la enseña al público para que vea que está vacía; pero es una caldera doble con comunicacion en el asa que está hueca, y esta asa tiene un agujero en su parte inferior: hace subir al tablado á dos muchachos, á uno le viste de cocinero con gorro, mandil, chaqueta, etc., y al otro de cocinera con lo mismo y marmota: manda á su criado que le traiga unos cuantos cubos de agua hasta llenar la caldera en colmo: á esto los muchachos estan en un lado del teatro ocupados en pelar un par de pichones. Entre Macallister, su criado y su muger, colocan la caldera en una barra hueca que atraviesa el teatro; pero la coloca cerca de un bastidor del teatro, y lo hace de modo que el agujero del asa cae justo encima de otro agujero que hay en la barra hueca, y por medio de un sifon se va chupando y desapareciendo toda el agua de la caldera. Esta operacion requiere algun tiempo: por eso Macallister entretiene á los chicos, pelando y fingiendo que hacen salsas: cuando están pelados los pichones, los mete Macallister ó los chicos dentro de la caldera, despues viene doña Luisa y trae una tapa que coloca encima de la caldera, esta tapa deja caer un círculo de hierro y se detiene en el fondo de la caldera en un escaloncito que tiene, tapan-do de esta suerte los pichones muertos, y haciendo

aparecer en lugar del agua dos pichones vivos. Para dar mas tiempo al sifon, Macallister se entretiene en encender un hachon y hace que calienta la caldera por debajo, destapándola de vez en cuando hasta ver que toda el agua desapareció.

NUMERO 38.

Los pañuelos volantes.

Pide doce pañuelos, sube un chico al tablado y el profesor coloca los pañuelos sobre la mesa; allí hace que los envuelve en un papel, pero la verdad es que los mete por la trampa de donde los coje un ayudante, y en lugar de los pañuelos mete en el papel como un par de libras de dulces. Pasa M.^a Luisa con disimulo, coje los pañuelos y se los lleva

Macallister toma el envoltorio de papel que figura tener los pañuelos, y se lo pone al chico encima de la cabeza, carga una pistola y dice al chico que se este quieto, porque de un pistoletazo va á estampar los pañuelos y la cabeza en el bastidor. Dispara, y los pañuelos aparecen todos atados por una punta colgando de las bambalinas. Desata el envoltorio y reparte los dulces.

NUMERO 39.

La sarten sombrero, ò el almuecero.

Pide Macallister tres sombreros, uno de ellos se lo dá un compadre, coloca el del compadre en la mesa de en medio, y los otros dos uno sobre cada una de las mesas laterales. Coje uno de estos últimos y mete dentro un chisme de hoja de lata; cuando lo ha metido, sin que lo vea el público saca dos ó tres huevos, los rompe y los echa al parecer den-